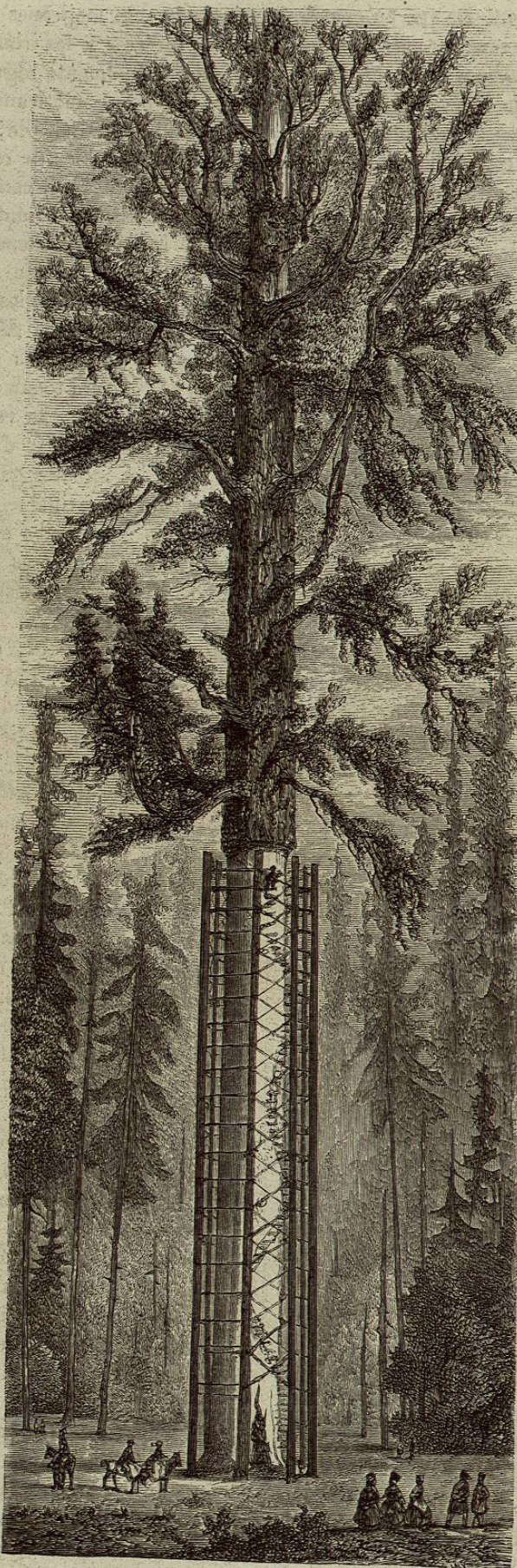


de colores vivos con una abertura en medio para meter la cabeza.

Los españoles de las colonias como los castellanos de Europa son estremadamente sóbrios y se alimentan de manjares imaginarios. En el dia habrá en California unos 15,000. En otro tiempo eran mas numerosos; pero han debido huir ante la ojeriza de los americanos que los odian por ser de sangre mista. Los chilenos, y sobre todo los mejicanos se han vengado algunas veces cruelmente de las injusticias de sus opresores. No solo se sirven del machete con admirable destreza mas tambien lanzan habilísimamente el lazo de nudo escurridizo, con el que prenden y arrastran al galope de sus caballos un peon lo mismo que un ginete.

Los ingleses y los irlandeses están muy esparcidos en California, donde son casi tan numerosos como los españoles venidos de las colonias. Mézclanse fácilmente con la raza americana y hablan además la misma lengua. Los ingleses son muy buenos mineros de cuarzo; algunos de ellos vienen de las minas de Cornuailles, ese condado de Inglaterra tan justamente celebrado por sus minas de cobre, de plomo y de estaño. Los irlandeses no son mineros, ocupándose solo en obras secundarias. Unos y otros, como tambien los americanos son muy dados á



El padre del bosque.

las bebidas espirituosas. Los irlandeses tienen además otros defectos y no pocas veces se les ha infligido la pena de horca por sus fechorías.

Los franceses, cuyo número era en otro tiempo mucho mayor, llegaban en 1859 á unos catorce ó diez y seis mil, y se presentaban en Calterville como en todos los *placers* con las virtudes y defectos que Dios ha repartido en nuestra raza. Alegres y activos, eran los únicos para alegrar un campamento de mineros. Manejan diestramente así el pico como la pala, pero se disgustan muy pronto y no se entienden jamás entre sí. El espíritu de disciplina no entra en el fondo de nuestro carácter: tampoco somos colonos estables amando la variedad. El francés de California hace á todos los oficios, sin detenerse nunca en ninguno. Después de todo pasa gran parte del tiempo en pensar en Francia, adonde quisiera volver muy luego. De aquí la serie de trabacuentas, de inquietud, de mal humor, de disgustos que hace odiosa la California á nuestros compatriotas: la California es para ellos un infierno, y debiera haber sido un eden, una verdadera tierra de promisión.

Los alemanes como los ingleses y los irlandeses, cuyo número igualan poco mas ó menos, mostraban mas union que nuestros paisanos. Verdad es que rendian



Vista general de las grandes cascadas de Yosemite.

culto á la pipa y la botella, pero siempre conservaban la mayor armonía. En Culterville ó á lo menos en las minas, no ví ningun alemán; pero encontré muchos en ciertos condados del Norte, como el de la Nevada. Finalmente, muchos están establecidos en San Francisco donde han fundado casas de comercio: tan bien se colocan como dependientes de las casas americanas. Políglotas distinguidos hablan con facilidad el inglés, el francés y el español.

Los italianos eran pocos en los *placers*, así en el condado de Mariposa como en el resto del país, cuando visité la California. La mayor parte de ellos habían renunciado al oficio de minero, al que no tienen ninguna inclinación, haciéndose comerciantes ó pescadores: á esta profesión sí son muy inclinados de mucho tiempo atrás.

Restan los canadienses, de quienes tengo que decir algunas palabras. Venidos á pie á la California al través de las llanuras de la América del Norte, los canadienses ejercen el oficio de leñadores ó carboneros especialmente en el condado de Mariposa. La mayor parte de ellos hablan el francés la lengua de sus mayores, con la cual se enorgullecen. Son trabajadores sencillos, honrados y fieles á su palabra. Los que de ellos se ocupan en los lavaderos de oro apenas sacan lo necesario para vivir.

El grupo de mineros, cuyos tipos generales acabo de bosquejar á grandes rasgos por categorías de razas, está diseminado por fuera de Culterville. Cada minero vive en su cabaña, solo ó con un camarada y á veces con otros muchos. Lo mismo sucede respecto de los ochenta ó cien mil mineros esparcidos de Norte á Sur en toda la estension de California; todos viven fuera del centro de población inmediato á sus trabajos. Los mineros que un patron emplea en una mina ó molino de cuarzo, se suelen alojar juntos en una gran barraca y comen en la cantina. Los mineros independientes preparan ellos mismos su comida en las cabañas que habitan.

La población de los *campos*, como se llaman en California los centros mineros es un poco diferente de la de los *placers*. Hé aquí, por ejemplo, la manera de agruparse los habitantes de Culterville en 1859. Había cerca de doscientos americanos que tenían hoteles, despachos de bebidas, cafés, billares, almacenes y ejercían además diversos oficios; cincuenta italianos comerciantes ó jardineros; treinta franceses, lavaderos, carniceros, herreros y panaderos, cuarenta judíos alemanes vendederos de ropas hechas, casi otros tantos irlandeses, megicanos, chilenos diversamente ocupados ó sin ocupación ninguna, algunos negros zapateros, barberos ó lavaderos, y unos cuantos chinos carpinteros ó jardineros. Un ciento de indios acampaban alrededor del lugar parte del año viviendo del merodeo. Finalmente, relegados como parias á

500 metros de Culterville, vivían los chinos en número de trescientos en un rancho especial. El conjunto de toda esta población formaba un campo de cerca de ochocientos individuos, reunidos hartó estrañamente. Todos los campos californianos están poco más ó menos compuestos de la misma manera, escepto la cifra de población que varía naturalmente de un campo á otro. Hay campos muy poblados, los hay también menos que Culterville, erigido en municipio con su juez de paz, su constable y otros oficiales públicos. Un médico y un farmacéutico á lo menos establecidos también en la aldea, si se le puede dar este nombre á Culterville, que ha de rechazarlo sin duda, por la importancia de sus hoteles, cafés, casas particulares y aun por la elegancia de ciertas quintas que marcan las inmediaciones.

Lo mismo sucede en los Estados Unidos: los pueblecillos tienen el aspecto de ciudades pues no se edifica en ellos nada miserable. Igualmente en las quintas no se conoce lo que nosotros llamamos patán: el hombre que guía una yunta, cuando vuelve á su casa á la noche se viste como un *gentleman* y al amor de la lumbre lee el periódico ó la biblia. Menos aun se conoce la patana: la mujer educa á sus hijos, toca el piano y nada ofrece en su traje ni en su porte que revele el tipo rústico que conocemos en Francia. Todas las profesiones en los Estados Unidos son igualmente profesiones liberales. La más completa igualdad rige entre los ciudadanos. Muchos paisanos nuestros, desafortunados en el país del oro y precisados á adoptar los últimos empleos en las minas, están muy bien hallados con las instituciones democráticas de los americanos. Después de haber ejercido en Francia profesiones elevadas, vienen á ser mecánicos operarios para ganar el pan de cada día con el trabajo de sus manos; pero son tan considerados como los más felices.

Sin retroceder á los primeros tiempos de la explotación del oro, voy á limitarme á dar á conocer muchos tipos hartó originales de mineros que he encontrado en Culterville. Uno de los más curiosos que se presenta á mi memoria con su gran estatura y su barba negra, es el auvernés Vermenuze. Este descendiente de los Arvernes, gran cazador de serpientes de cascabel, á las que acomete á palos y cuyos victoriosos trofeos lleva á su casa, es al mismo tiempo el espanto de los merodeadores chinos. Como cria gallinas alrededor de su cabaña y los chinos como las zorras tienen fama de saquear los corrales, Vermenuze en sus momentos de ocio monta la guardia en su gallinero con la escopeta al hombro. De vez en cuando tira á las ardillas y con su acierto espanta á los hijos del Celeste Imperio. John es siempre para él un vecino demasiado inmediato; lo persigue con su odio profundo y no quiere amistad con él ni con nadie en

California. *El orillo no vale lo que el paño*, dice el chino citando proverbios como Sancho Panza. El paño es para él la Francia y el orillo todos los demás pueblos, que por un sistema de geografía exclusivamente suya, dispone alrededor de nuestras fronteras.

Estafetero y palafrenero á la vez en la compañía que lo emplea, Vermenuze tiene tiempo también para cocer su olla, porque es demasiado orgulloso como casi todos los franceses para sentarse en la cantina al lado de los yankees. Cuida además la casa de un matrimonio á quienes impide ocuparse en tan prosáicos pormenores una luna de miel nunca menguante. Finalmente, yo mismo lo he tenido en la cabaña en que me instalé y puedo asegurar que la mejor casa de París no estuvo jamás tan bien arreglada como mi humilde cabaña. Vermenuze reunía á su papel de ama de gobierno el de solícita costurera; un botón de menos, una arruga de más llamaba inmediatamente su atención. Por todos estos múltiples oficios recibía mil francos anuales, lo que es un gran sueldo aun hoy día en el Eldorado.

A veces se complacía en proclamar muy alto la igualdad que en California enlaza al amo y al criado, diciendo que en los Estados Unidos no hay criados. A esta doctrina subversiva reunía la mala costumbre de fumarse mis mejores cigarros sin pedir venia ninguna. Aceptando una igualdad así conquistada, lo admitía por la noche como un amigo en mi puerta y más tarde en el rincón del hogar cuando llega la estación de las lluvias; y muellemente recostado en mi *roc-kín-chair* ó butaca, escuchaba atentamente la relación de sus aventuras.

Había sido soldado en Africa, después comerciante de ropas en Auvernia, y luego buhonero. Bajo este título visitó la España y citaba siempre entre sus buenos recuerdos los esplendores de Madrid y de Toledo. Ya en California fue sucesivamente lavador de oro, minero, dependiente de un despacho de vinos, operario en una fábrica de cuarzo. Ultimamente, habiendo reunido algún dinero, fué á perderlo á los *placers* de Frasser-River en la Colombia británica.

A su vuelta del engañoso Eldorado, se colocó en una compañía minera de Culterville, donde se le obliga á hacerlo todo y donde todo lo hace bien. Su único deseo es volver á la patria y llevar á ella sus economías.

En frente de Vermenuze coloco al tío Barbet, maestro albañil, premiado con la medalla de Santa Elena y siempre verde y vigoroso á pesar de sus sesenta y seis años. Puede decirse que fue arrebatado al Habra por la compañía que necesitaba sus servicios. Arrojárlo en un barco que se hacia á la vela sin darle tiempo siquiera para prevenir á su familia ni para arreglar su maleta: enviáronle luego sus efec-

tos á San Francisco, pero no su mujer. La travesía duró seis meses y nuestro viajero conservó puesta todo este tiempo una misma camisa, y gracias á una persona compasiva que le dió una manta, no murió de frío en el Cabo Horn.

A vista de San Francisco, el tío Barbet, lleno de ilusiones no hubiera dado su plaza de á bordo por cien mil francos y todos sus compañeros pensaban como él: no había más que saltar en tierra para recoger oro á manos llenas.

Aubert, antiguo pescador de Terranova, panadero, cazador, minero etc., pero siempre y sobre todo gran bebedor, tiene igualmente derecho á una mención. Con el pico al hombro y la battée bajo el brazo, Aubert está allí reconociendo el terreno. Cuando encuentra un sitio favorable, el investigador *marca su claim*. Después anuncia al público en una nota en inglés que clava en un poste, que á partir de este punto á otro correspondiente, situado á 150 pies del primero, se propone comenzar una explotación. Espera tres días, y si ninguna reclamación se hace, inaugura los trabajos inmediatamente. Además tiene derecho á tantas veces 150 pies sobre el curso del barranco, como trabajadores tenga consigo. Sobre un filon son 300 pies los que se toman y 600 para el descubridor. En todos los casos la explotación debe continuarse sin otra interrupción que la de tres días en los *placers* y un mes en las minas. Según la ley establecida, basta dejar las herramientas en una demarcación para alejar al *junper*, minero que se apodera de los criaderos y continúa por su propia cuenta y legalmente los trabajos abandonados.

La ley que rige las minas de California, es de las más sencillas y gracias á estas medidas, el Estado ha venido á ser en algunos años un país clásico, así por el lavadero del oro, como por el trabajo del cuarzo aurífero. La explotación de la riqueza mineral abandonada á la actividad de todos, no cesa jamás y hay cierta competencia entre los explotadores.

Aubert entra en ella en primera línea; pero por variar alternando con sus estudios geológicos, bebe tanto aguardiente que el *delirium tremens* lo atormenta y el asilo de los enagenados de Stockton es quizás á estas horas su domicilio.

Uno de sus compañeros, Luis, lavadero de Culterville y grandemente aficionado á las pipas profesaba como él culto á la botella: á consecuencia de esto murió dejando una viuda inconsolable. Su última palabra fue para pedir de beber y exhaló su último suspiro en la boca de una botella de Burdeos. Semejante fin merecía ser contado por Rabelais.

Peñaflor, el minero chileno y su inseparable camarada Juan Sapiens, graves ambos como los antiguos Mores, sobre todo Sapiens, sabio como su nombre pedía lugar en esta relación.